



# Chocolate

Ángel Muñoz Hernández

**U**n viento azul, fugitivo, se escabulle por la ventana con paso ágil, como se cuelan los recuerdos tristes en el corazón. Al acercarme a los ojos postizos de mi hogar, atravesando la sala en donde rostros encapsulados en fotos de antaño observan, me percaté de la melancolía de las nubes, coloreada de gris, con voz de trueno, próxima a caer en lágrimas y suspiros gélidos que recorrerán la ciudad. Cierro un poco la ventana; de este modo, mi huidizo e inesperado invitado que entró por ella, podrá andar y descansar en la casa, refrescándola un poco.

---

En la estufa está calentándose un chocolate preparado al disolver en leche (si podemos llamar de esa forma a lo vendido en las tiendas, pues incluso puede leerse a veces “producto lácteo”) un par de tabletas traídas de Oaxaca, obsequio de un amigo. Dista mucho de ser la manera original de prepararse, pero aún así me agrada. En él, y en muchísimos otros platillos, se combinan siglos de historia y modos de vida de distintas épocas, los mejores ingredientes para cualquier receta, traducándose en un sabor único. En este caso, deliciosa fusión de dos mundos.

Está listo. Hay suficiente para dos, acaso tres, uno nunca sabe... Sé de un complemento ideal para esta bebida: un sabroso cocol de anís relleno de cajeta. No pude resistir comprar un par en mi último viaje a Huasca de Ocampo, en Hidalgo. Chocolate y pan, ecuación perfecta, la cual se resuelve casi irresistiblemente con el placentero sopeo. El interior se torna más frío, como si mi visitante fugaz se despidiera o quisiera llamar mi atención. Mi mente vuela más allá, llevándome a los momentos pasados, pero jamás olvidados. Apenas y doy importancia a los gritos secos del cielo estrellándose contra la tierra, retumbando en todos lados.

Cuando era niño, también sopeaba pan en el chocolate o en el café con leche, antes de irme a dormir. Solíamos cenar juntos mamá, papá, mis hermanos y yo. Hablábamos un poco sobre cómo nos había ido en clases. Ella nos daba algunos consejos para la mañana siguiente, papá, algo seco, decía algunas palabras de aliento, aunque a veces sonaran ligeramente parecidas a amenazas. En la mesa había a veces sincronizadas o quesadillas; las hechas con masa azul eran las más esperadas por todos. En ocasiones también habían tamales “de verde” “de dulce”, oaxaqueños o “choco”, originarios de Veracruz.

Después de haberme deleitado el paladar, me lavaba los dientes y me iba a la cama. El gran postre, por ser lo más dulce, era recibir la bendición y los besos de ambos. ¡Qué días! El futuro se percibía distante y los sueños alcanzables con sólo pensar en ellos! La Noche me cubría mientras me absorbían ciertos problemas: la entrega de trabajos, el tema difícil de matemáticas, o si al fin iba a ponerle un estate quieto a fulanito. Pero sabía de un refugio seguro... Con el tiempo uno debe ir construyendo el propio; ¡qué mejor si es en compañía de alguien más!

Los años continuaron su camino, disfrazados de pasteles de tres leches, mermeladas, combinaciones extrañas, abrazos, aplausos y buenos deseos. Un

---

---

nuevo elemento fue agregándose, similar al hinojo o el lúpulo: la ausencia de las personas amadas. La muerte de los bisabuelos, separada por algunos meses únicamente, se convirtió en el primer heraldo funesto, trago amargo seguido por varios más. Uno se acostumbra tanto a quienes queremos, que a veces los creemos eternos... En su velorio, a la par de sorbos de las tazas de café de olla, como les gustaba, trascurrían las anécdotas, el llanto, el dolor de la pérdida, las palabras de aliento o el silencio compartido.

Cada Día de Muertos, y desde el 31 de octubre, recibíamos a los abuelos y a los familiares que los siguieron con un banquete en sus ofrendas en donde encontraban su comida y bebidas favoritas: pollo en mole poblano, al pipián, con salsa de cacahuete o en estofado a la naranja, carne de cerdo con verdolagas, chiles (anchos, cuaresmeños o morita) rellenos de queso o picadillo, picaditas, chilorio, machaca, cecina enchilada o normal de Yecapixtla, claro; pescado a la veracruzana, asado de novia, unos cuantos escamoles, acociles, cochinita pibil, panuchos, enchiladas rojas o verdes con pollo, tortillas de maíz, tequila, cerveza, dulce de calabaza, arroz con leche, rollo de guayaba relleno de cajeta, glorias, morelianas, camotes, cañas, tejocotes, puros o cigarros (¡al fin pueden fumar y beber sin remordimientos!); por mencionar sólo algunos. Por supuesto con sus fotos, flores de cempazuchitl, agua, veladoras y sal. Su visita siempre será motivo de celebración y una de las mejores maneras de decirles: “siguen con nosotros”.

Sin darme cuenta, lo lejano invadió mi presente y jamás se fue. Un barullo y siseos constantes llegan a mis oídos. Me dirijo nuevamente a la sala para cerrar la ventana. Perlas frescas se precipitan marchando hacia el suelo, haciendo partícipes de su llanto a transeúntes, árboles, plantas y objetos sin discriminar a nadie. “Estas tardes nos gustaban a los dos, ¿te acuerdas?”, pregunto a la foto en donde estás sonriente con tu vestido de novia, radiante, igual que la Luna al cantarle a las estrellas.

Te conocí pasada mi adolescencia, todavía joven. Por circunstancias de la vida, te hallé un día caminando a la universidad; por cierto no había sido mi primera opción. Apenas y crucé un par de palabras contigo: “Hola, oye, ¿esta es la calle Concepción? Voy a la universidad, y ya estoy algo retrasado”. Fuiste poco efusiva en tu respuesta. Te detuviste en una tienda; no obtuve más conversación. ¡Dicha infinita, nos dirigíamos al mismo sitio, aunque no lo sabía en esos instantes !

---

---

El conquistarte lo describiría así: una aventura de navegar en un océano de belleza indescriptible, sorteando olas de duda y momentos de neblina, tormenta y huracanes, recompensados con amaneceres perennes reflejados en tus labios, guiado por el Sol de tu corazón. Tras declararte mi amor, tejiendo mis sentimientos en algunos versos y una rosa roja a la par que Febo partía en sus corceles radiantes, fue siempre una constante el recorrer aguas de esmeraldas e ilusiones.

Contigo aprendí tantas cosas, entre ellas bailar, algo impensable para mí, ir a misa los domingos (o la mayoría); pero en especial, lo majestuoso de conocer, y sentir la expresión del amar sin necesidad de palabras, el estar en los momentos difíciles, hablar y comprender; comunicarse desde el alma; ser uno sin dejar de ser dos. Entender que la perfección en una relación es el saber conciliar las diferencias sin intentar cambiar al otro totalmente, aceptarlo, decidir y asumir si uno es feliz ahí; como un platillo en donde las especias e ingredientes se entrelazan creando una fórmula con identidad propia.

La boda representó el primer capítulo de nuestro libro con todas sus peripecias. El charlar sobre las frustraciones y triunfos en el trabajo, las situaciones que nos sorprendieron en el día, las dudas, los chistes, los recuerdos, las sonrisas y un sin fin de asuntos al preparar y degustar juntos las calabacitas rellenas, o el trabajoso pero inigualable mancha mantel; la tinga de pollo, las pechugas preparadas con salsa de mango y chipotle, al ajo, al chile-limón, el bistec a la mexicana, los alambres, el filete de pescado empanizado con verduras a la mantequilla, crema de zanahoria y el salmón en sus múltiples variaciones, gratinados con queso provolone, a la pimienta o en ceviche, lasaña, huevos estrellados o revueltos con jamón, cebolla, jitomate o salchicha, entre muchísimos más, en los que el mejor toque era la convivencia, me resultan invaluable.

O en las fechas especiales: las fiestas patrias, cuando la mesa se coloreaba con la presencia de nuestros seres queridos, el pozole rojo y blanco, los chiles en nogada con su rubicunda granada, las tostadas y por supuesto el tequila; Navidad y año nuevo, en donde las luces más radiantes y los mejores regalos eran los abrazos sinceros y los brindis en honor de todos, sabiéndonos unidos a pesar de nuestras pequeñas peleas, aderezados con el bacalao a la vizcaína, los romeritos con tortitas de camarón, ensaladas de Nochebuena, los dulces de piña y manzana, sin mencionar el opcional pavo; la rosca de reyes y los tamales el día de la Candelaria, en donde nos refugiábamos de lo azul de los primeros

---

---

meses con buenas tazas con chocolate y la alegría de comenzar nuevamente una nueva travesía.

Siempre nos gustó viajar. El amanecer madrileño nos dio la bienvenida en el aeropuerto de Barajas luego de un vuelo de 12 horas, la primera vez que salimos del país, despidiéndonos Tonatiuh en lo alto antes de partir a Italia, en donde disfrutamos de las calles de Vinci, cautivados por la casa en donde nació el maestro; los arcos custodiando el paso hasta el Santuario de la Virgen de San Lucas en Bolonia, La Roca en Vignola, Venecia; la Fontana de Trevi, la Boca de la Verdad y el Vaticano en Roma. Paseos intercalados con risottos, canelones, auténtica pizza, calzoni (irónicamente el más sabroso de todos lo comimos en Lugano, Suiza), vino, miottinis y panacotas, besos, caricias acarameladas y el horizonte plasmado en tu piel.

Ya no tan jovenzuelos por fin pudimos ir a Tierra Santa, pues antes teníamos que contentarnos con imaginarla viendo fotografías, videos, leyendo reportajes y al probar el tabbouleh, el kibbeh, las wara annab, keftes, bulemas, gomo de carne, pescado gefilte, ghorayebah, entre otros. ¡Cómo alimentan la vida esas memorias! ¡Nada con lo que me haya deleitado puede compararse con esas vivencias, ni con el despertar a tu lado! Escucho a alguien tocar la puerta, ¿ya habrás llegado? Camino hacia ella con cierta inquietud y observo satisfecho las fotos en donde estamos abrazados. Espero no haber confundido al Viento con un llamado.

“¡Oh, eres tú! Dime, ¿viene ella contigo? ¿Quieres una taza de chocolate?” “No, gracias. Ah, no viene conmigo. Siempre preguntas lo mismo. ¿Por qué seguir aferrándote?”. “Así siento que le daré una sorpresa; se lanzaría a mis brazos, nos miraríamos y le diría que todo está bien. De lo contrario, debería aceptar...”. “Vámonos, vendrás otro día, lo sé”.

“¡Hhsss, hace mucho frío afuera! Menos mal, el chocolate aún está caliente. Sigo haciendo para dos o tres, amor; todavía no me acostumbro. Me tomaré un par de tazas a tu salud, mi vida, pues te llevo y llevaré conmigo. Espero yo también siga a tu lado en donde estés”.

---